

Paula Crespo Sánchez 18  
**PERDIDA EN EL TIEMPO**

Prólogo

El viento me azotaba la cara, demasiado fuerte pensé, los marineros vociferaban frases como "perdemos el rumbo", "el barco se escora a estribor" "¿podría morir?" "¿o simplemente me despertaría?" No lo sabía, pero la mera idea de acabar ahogándome en el mar me aterraba bastante.

Perdida en el tiempo

Hoy, 29 de septiembre, cumpla 12 años. ¡Genial!. Pensé que, al bajar las escaleras, me encontraría a toda mi familia dándome regalos. No había dormido nada la noche anterior pensando en ellos. Seguro que mi madre me había comprado el iPhone que quería, mi padre me habría comprado la cámara que llevaba pidiendo toda la semana, y yo sería la niña más feliz del mundo. ¡Imagínate la cara que pondrán mis amigas cuando se lo diga, pensé!

Abrí la puerta con un entusiasmo que no tenía nombre y bajé las escaleras dando traspies de la emoción. Al llegar abajo, localicé a mi madre en la cocina preparando el desayuno con mi hermano pequeño y a mi padre hablando por teléfono con su trabajo, pero no vi ningún regalo.

-Sara ¡felicidades!, -dijo mi madre con una sonrisa de oreja a oreja, pero yo seguía sin ver mi regalo. Ven, siéntate, estoy preparando gofres, tú desayuno favorito. Fui a sentarme en uno de los taburetes que había al lado de la encimera de la cocina.

Mi madre estaba empezando a sacar algo del bolsillo del delantal rosa que llevaba puesto, un paquete con envoltorio dorado que brillaba con las luces de la cocina, me tendió el paquete que pesaba más de lo normal, ¡a lo mejor había dos en uno!

-Toma cariño, dijo mi madre. Ábrelo, es de parte de tu padre también, es que está muy ocupado hablando por teléfono, pero dice que cuando termine, te puede llevar a tomar un helado a tu heladería preferida.

Cogí el regalo con las manos temblorosas, me dediqué a mirarlo fijamente y a moverlo para oír lo que había dentro, pero finalmente lo abrí.

Lo que tenía en la mano no era ningún iPhone, era un libro, pero no uno cualquiera, se titulaba *Biografía de Cervantes*, era seguramente el peor libro de la historia, ¿Quién era Cervantes?, ¿un político? No lo sabía, ni me importaba, estaba muy enfadada con mis padres.

-Mamá, estas de broma ¿no? Mi hermano empezó a reírse. ¿Cómo me puedes comprar este libro?, si no es ni interesante, creía que sabías lo que quería, un iPhone, una cámara, pero me regalas un libro, y encima es mi único regalo, ¡¡¡¡¡ odio!!!!.

-Sara, replicó mi madre, habíamos pensado en regalarte todo eso que querías, pero al ir a comprarlo, se nos ocurrió la idea de donar el dinero a los refugiados Sirios, imagina lo que es tener que dejar tu casa, tu vida, todo atrás por una guerra, y que nadie te ayude a ponerte a salvo, imagina a niños como tú sin casa,



habiendo dejado atrás sus cosas y a muchos de sus familiares, todos tenemos que ponernos en su lugar y ayudar.

-¡No me importa mamá, es su vida!. ¡No puedes destrozar mi vida para arreglar la de otros!. ¡Todo esto porque ayer vimos la noticia en todos los telediarios de la muerte de un niño Sirio ahogado en la playa intentando huir de la guerra!, grite enfadada. ¡No es justo!

-Sara, volvió a hablar mi madre con un tono cariñoso, el libro que te hemos regalado te va a encantar y tienes todo el fin de semana para leerlo, la vida de Miguel de Cervantes es muy especial.

Me dirigí a mi habitación dando patadas a todo lo que se me pusiera por delante, y arañando la portada del libro con las uñas. Abrí la puerta de mi habitación y la cerré de un portazo para que mi madre se enterase de lo mala que era por regalarme ese estúpido libro y donar el dinero de mis regalos a los refugiados Sirios.

Me tumbé en la cama y tiré el libro al suelo con una fuerza que de milagro no se rompió. Tras un buen rato gritando y maldiciendo decidí ojear el libro.

Al parecer Miguel de Cervantes fue un escritor y soldado español que nació el 29 de septiembre de 1547 en Alcalá de Henares y que murió por causas naturales el 22 de Abril de 1616 en Madrid, un año después de escribir El Quijote.

Mientras leía y cuando llegué al momento donde Miguel de Cervantes estuvo destinado en la Armada Española, los ojos se me empezaron a cerrar y del cansancio de mi noche en vela, caí en una profunda somnolencia. De repente, ¡ahí estaba yo!, junto a Miguel de Cervantes, con mis galones de Infantería de Marina y un sable largo y puntiagudo, que podría cortar por la mitad a cualquiera. Yo no desentonaba pues todos vestían ropas parecidas. Estábamos en una especie de bar, donde había una sala con una mesa muy grande de madera rústica, llena de gente gritando y riendo y repleta de comida, pero parecían no verme.

Me fijé en un hombre joven al que llamaban Cervantes y me dirigí hacia allí para ver que hablaban, ya que desde mi posición era difícil oír la conversación debido a los gritos y aplausos. Éste debe de ser el hombre del que trata mi maldito libro, pensé, pero pese a mi enfado se despertó en mi mucha curiosidad.

Cervantes vestía un traje de militar de época, como el de los museos o los cuadros de Velázquez. Estaba junto a un hombre que debía de ser su compañero. Estaban hablando sobre los turcos, sobre Trípoli y otros temas bélicos que no llegaba a entender.

De repente se hizo el silencio en la sala. Un hombre, vestido con la ropa más elegante de la mesa, levantó una jarra con cerveza y empezó a hablar con una voz firme y clara que se presentaba a sí mismo como Juan de Austria, el hermanastro del rey de España:

-Hoy 25 de Mayo de 1571 hemos formado una alianza irrompible, La liga Santa, y juntos, con los Estados Pontificios, la República de Venecia, la Orden de Malta, la República de Génova y el Ducado de Saboya, vamos a hacerles pagar al



**Imperio Otomano** todos los daños que han causado a nuestra patria y a nuestras costas.

-Hoy se ha firmado la alianza, pero dentro de 5 meses cuando atacemos, se firmará la victoria, vamos a hacerles pagar lo de Trípoli ¡brindemos por esos cuarenta y dos barcos y los ocho mil hombres caídos en batalla!

Todos empezaron a brindar y a aplaudir.

Tenía que estar en un sueño. El tiempo en él transcurría de forma rara, avanzaba como si sólo me interesaran los acontecimientos más importantes. De repente, ya no me encontraba en la mesa de esa cantina, sino en un barco, de los cientos que había, en mitad del mar. Por lo que escuchaba entre la dotación, me encontraba en la batalla de Lepanto junto a Cervantes, el cual, tenía mala cara. Se encontraba enfermo con fiebres según le escuché al médico, pero no le impidió prepararse para la batalla.

En frente nuestra otro montón de barcos que se dirigían a nuestro encuentro. ¡Enemigos por la proa!, Gritó el vigía del palo mayor.

Yo me encontraba en el medio de todo ese caos. El viento soplaba y había heridos y disparos por todas partes. Los marineros gritaban ¡¡¡cañones a estribor, agujero en la proa o herido a babor!!!. Yo no sabía qué hacer ni dónde meterme, pero tenía una sensación extraña, no tenía miedo ninguno, como si fuera un espectador que está viendo una película de guerra y no puede sufrir daño alguno, pero mucho más real, podía oler el olor a pólvora quemada, sentir la tensión del combate, es muy difícil de explicar.

Me di cuenta de que Miguel De Cervantes y el mismo hombre que estaba con él en la mesa se estaban ocupando de un barco a babor dando cañonazos. Parecía que lo tuvieran dominado, pero de repente otro barco enemigo apareció de la nada y empezó a disparar balas de plomo, una le dio a Cervantes en la mano izquierda y otra atravesó el pecho de su aliado que se desplomó en el suelo.

Cervantes lo miró, pero no podía acudir en su ayuda, ni yo tampoco, sólo era una niña en medio de todo esto. ¡Que podía hacer! Cervantes tenía que defenderse a sí mismo y se encontraba herido, sangraba mucho, pero seguía combatiendo pese a sus heridas y fiebre.

Por arte de magia el tiempo se aceleró, ya no estaba en medio de la Batalla de Lepanto, me encontraba en una sala con una mesa llena de comida, estábamos celebrando algo.

De repente, Juan de Austria se levantó con el brazo vendado y volvió a hablar.

-Hoy hemos ganado la batalla en el golfo de Lepanto, esta batalla pasará a la historia, el 7 de Octubre empezó y tras unos días ha terminado, brindemos por el coraje de nuestros marineros y por la valentía de los que murieron en la batalla. Vuestra valentía será reconocida por medio de estas dos cartas de recomendación, enseñó dos cartas bien guardadas en unos sobres blancos, una mía y otra del virrey de Nápoles.

Localicé a Cervantes pero el asiento de al lado estaba vacío, y su mano izquierda estaba vendada.



Vi como Juan de Austria le daba a Cervantes las dos cartas, se lo merecía pensé, ¡Es un héroe!

El tiempo pasó rápidamente. Esta vez, me hallaba en una casa en la que se encontraba Cervantes. Le notaba más envejecido y curado de sus heridas pero con la mano izquierda sin movilidad, de ahí lo de manco de Lepanto, pensé. También había una mujer, a la que llamaban Silena, junto a un niño al que llamaban Promotorio. Se podía sentir la tristeza en el ambiente.

-Adiós, Silena, cuida de mi pequeño Promotorio. Siento tener que irme, pero la Patria me vuelve a necesitar. Tengo que zarpar en la Galera Sol que partirá de aquí mismo, de Nápoles mañana 20 de Septiembre de 1575, os echaré de menos.

-¡Adiós, cariño!, nosotros también te echaremos de menos, ten cuidado.

-Lo tendré, dijo Cervantes, voy también con mi hermano Rodrigo, nos cuidaremos mutuamente, no te preocupes.

Se despidieron con un abrazo y Cervantes salió por la puerta dirigiendo una última mirada a su hijo pequeño que apenas sabía andar.

Me sentí triste yo también, ya que dejar a tu familia para ir a la guerra y con la incertidumbre de no saber si volverás tiene que ser muy duro. No me ayudó ponerme en el lugar del niño que no podría disfrutar de su padre, como yo lo hacía. Con el mío.

El tiempo pasó rápidamente, como cuando quitas los anuncios en una película grabada. Esta vez me encontraba en otro barco. Me dirigí a la popa y vi que se trataba de galera Sol, o eso ponía en letras doradas. Miré a mi alrededor y vi a un montón de barcos, me recordó a la batalla de Lepanto. Me tranquilizó ver a Cervantes y a su hermano junto a mí. Sabía que a su lado estaba segura.

El viento me azotaba la cara, demasiado fuerte pensé, los marineros vociferaban frases como "perdemos el rumbo", "el barco se escora a estribor" ¿podría morir? o simplemente me despertaría. No lo sabía, pero la mera idea de acabar ahogándome en el mar me aterraba bastante. No era una gran nadadora. Pero ahí estábamos, en medio de un fuerte temporal. Las cosas se movían como en una montaña rusa. El barco daba bandazos sin parar.

Cervantes también parecía preocupado, pero él y su hermano Rodrigo estaban dando órdenes a los marineros, gracias a ellos, el barco no zozobró.

Entonces las nubes y la tormenta desaparecieron como si la tormenta hubiera durado unos minutos, pero ya no había más barcos por la proa, nos habíamos desviado de la flota. Estábamos solos.

Al cabo de unas horas avistaron una vela por babor perteneciente a la flota enemiga que se les acercaba con gran rapidez. No tardó en abrir fuego con sus cañones.

Nosotros respondimos de la misma manera. Todo me resultaba familiar, ya tenía experiencia en combate, pensé.



Tras una larga batalla el otro barco, comandado por Arnaúte Mami, nos venció, matando al capitán de la Galera Sol y apresando a los supervivientes.

Me encontraba en las costas de África, según decían los marineros. Todos los hombres de la galera Sol estaban encadenados, pero mientras se dirigían a las prisiones empezaron a separar a los hombres, los que tuviesen más experiencia en la batalla y los heridos, serían esclavos y los que no, les esperaba peor suerte; las galeras. Yo no me separé de Cervantes.

Cervantes enseñó las cartas de recomendación, ganadas con valor en la batalla de Lepanto, a los generales que los tenían encadenados. Estas, junto con su mano lisiada, hicieron que le declararan esclavo, pero a su hermano Rodrigo se le llevaron a las galeras de prisioneros.

Me invadió una tremenda tristeza. ¡Éramos esclavos!

No tardamos en intentar escapar, de hecho lo intentamos varias veces, pero sin éxito. En uno de esos intentos casi lo conseguimos. Intentamos llegar a Orán desde Argel, porque era el punto más cercano de las fuerzas españolas, pero nos volvieron a capturar. Tuvimos suerte, ya que nuestro dueño consideraba a Cervantes un hombre de gran valía, por el que le podrían dar un buen rescate, esto nos salvó de la pena de muerte.

El Príncipe Hassan, nuestro dueño, era un hombre imponente, daba miedo con sólo mirarlo. Vestía ropas lujosas, como en el cuento de Alí Babá y los cuarenta ladrones.

Cansado de nuestros intentos de fuga, el Príncipe Hassan, nos valoró en 600 ducados. Yo no pronuncie palabra alguna, pero interpreté que yo estaba incluida en el lote.

De repente, el tiempo se aceleró y me encontraba junto a Cervantes pero ya no se encontraba en el palacio del Príncipe Hassan, nos encontrábamos en un barco. Cervantes hablaba con algunos marineros a los que contaba como su familia había reunido el dinero de nuestro rescate. Nos dirigíamos a casa.

Cuando me desperté, estaba en mi cama. Me sentí muy aliviada al reconocer mi habitación. Tenía el libro encima de mí, pero el libro se encontraba cerrado, no recordaba haberlo leído por completo.

Este sueño extraño me ha hecho darme cuenta de lo importante que es la familia, de lo duro que es dejar todo atrás y de lo tonta que había sido. La familia estará ahí cuando lo necesite, como le pasó a Cervantes, sin ellos su suerte hubiera sido otra y no hubiera podido escribir sus libros, como el que tenía en mi regazo.

Abrí la puerta y bajé corriendo a pedir disculpas a mi familia. Me había comportado como una niña egoísta y caprichosa.

A partir de ese día decidí ayudar a los que más lo necesitaran, yo ya lo tenía todo, mi familia. ¿Y tú?

Paula Crespo Saúchez

1<sup>o</sup> E.S.O.

Sage College.